

### 053. Modalidades de la oración

Los apóstoles le hicieron a Jesús esta petición: *¡Señor, enséñanos a orar!* Y no creemos que Jesús escuchara con más placer y satisfacción una súplica como ésta. Porque Jesús llevaba muy adentro como nadie el espíritu filial. Y eso de hablar con Dios su Padre era en Él una necesidad imperiosa. No podía prescindir de la oración, y a nosotros nos quiso hombres y mujeres de oración como lo era Él, cuya alma bendita estaba siempre en comunicación con el Cielo.

A nosotros nos pasa hoy lo mismo que entonces a los apóstoles. Sentimos las ganas y la necesidad de orar, y vamos muchas veces al sacerdote y le decimos las mismas palabras: *¡Padre, enséñenos a orar!...*

Aunque para aprender esta lección tenemos un método estupendo. Nos basta mirar atentamente la liturgia o las oraciones del culto de la Iglesia para encontrar en ellas una fuente inagotable de inspiración.

Además, si miramos los sentimientos que nos animan en nuestra relación con Dios, nos damos cuenta de que toda oración tiene una de estas modalidades: es adoración y alabanza; es acción de gracias; es súplica de perdón; es petición de favores. Porque,

- ante la grandeza de Dios, caemos rendidos y adoramos y alabamos;
- ante la bondad de Dios y ante lo mucho que nos ha dado, estallamos en palabras de agradecimiento;
- ante el Dios ofendido por tanto pecado nuestro, rompemos en llanto e imploramos misericordia;
- ante un Dios rico y generoso, los pobres pedimos por tantas necesidades como nos agobian, sabiendo que vamos a ser atendidos por un Dios y un Padre que nos ama.

Cuando nos ponemos a orar, nos basta manifestar a Dios cualquiera de estos sentimientos para que nuestra oración sea oro puro y de muchos quilates.

\* Por fuerza es una oración agradabilísima a Dios el repetirle miles de veces: *¡Bendito y alabado y amado seas, Dios mío, en la tierra como en el Cielo!* Se dice hoy que esta oración de alabanza es la oración más *inútil* que existe, la oración *perdida*. Porque no pedimos con ella nada, ya que Dios no sirve más que para ser admirado, alabado, amado... Es la gran oración de los santos y de los ángeles en el Cielo, embobados como están al contemplar la gloria inmensa de Dios. Dichosos de nosotros si, al final de la vida, esta oración de alabanza se lleva el 97% —sí, el noventa y siete por ciento— de toda nuestra oración...

\* Por fuerza es una oración agradabilísima a Dios el repetirle mil veces: *¡Gracias, Dios mío, por todos los dones recibidos de tu mano bondadosa!* ¿Qué puede esperar Dios de nosotros, si todo lo que tenemos es suyo y de Él nos ha venido? Lo único que podemos darle nosotros a Él por todo lo que Él nos ha dado es un simple *¡Gracias!*, un *¡Gracias!* salido de lo más hondo del corazón. Aparte de ser una muestra de atención nuestra, es lo único que Dios puede esperar de nosotros. El Evangelio nos lo expresa con aquella queja de

Jesús después de curar a los diez leprosos: *Han sido diez los curados y no ha vuelto a dar las gracias a Dios sino este extranjero. Los otros nueve, ¿dónde están?...*

\* Por fuerza es una oración agradabilísima a Dios el repetirle mil veces: *¡Perdón y piedad, Señor, porque he pecado contra ti!* Hemos pecado: éste es el hecho. Si Dios no usa misericordia, ¿qué nos espera?... Lo único que puede vencer a la justicia divina es nuestra humildad y el caer rendidos a sus pies. Además, no está en juego solamente nuestra propia salvación. La Virgen en Fátima nos recordó con insistencia desusada: *¡Rezad, rezad! Pues son muchas las almas que se condenan porque no hay quien ore y se sacrifique por ellas...* Pedir perdón por el mundo pecador es la mayor obra de misericordia que hacemos.

\* Por fuerza es una oración agradabilísima a Dios el repetirle mil veces: *¡Dios mío, dame lo que Tú ves que necesito y quiero!...* Le pedimos la gracia de la salvación y le pedimos todo lo que necesitamos para la vida. Dios es glorificado por esta oración, pues le reconocemos *rico* y *bueno* mientras que nos reconocemos a nosotros mismos como necesitados de su generosidad de Dios y de Padre.

Todas esas exclamaciones —y tantas más como podríamos formularnos— son una profesión de fe en la grandeza y bondad de Dios, al mismo tiempo que una humilde confesión de nuestra pequeñez. Repetidas y repetidas, acostumbran al alma a elevarse a Dios en cualquier necesidad y a expresarle los sentimientos que nos llenan en cada momento. Sin darnos cuenta, vamos adquiriendo lo que se llama *el espíritu de oración*, un don extraordinario de Dios a nuestras almas.

Y todos esos que rezan se llenan de la gracia de Dios y realizan por el mundo el trabajo más eficaz. El mundo se perderá el día en que no haya almas de oración. Mientras haya almas que recen, el mundo puede vivir de la esperanza.

En la última guerra del siglo y del milenio —la triste guerra de los Balcanes— los bombardeos de la NATO caían despiadados para vencer la resistencia del dictador. Entre tanto, el Secretario General de las Naciones Unidas buscaba soluciones adecuadas. Y dijo sin rebozos para que todos lo oyeran bien: *Hay que tener también en cuenta el poder de la oración.*

Estas palabras en labios de un pagano, pero creyente, son de un valor inmenso. Una persona, como el mundo entero, se salvan por la oración, que es la fuerza con que contamos para vencer el corazón de Dios...

*¡Señor, enséñanos a orar!*, pidieron los apóstoles a Jesús.

*¡Señor, enséñanos a orar!*, seguimos repitiendo nosotros.

Y el Espíritu Santo, motor de nuestra oración, nos dice amoroso: *¿Alabas y das gracias a Dios? Ya sabes orar. ¿Pides perdón y pides favores a Dios? Ya sabes orar. ¿Qué más quieres?...*